

querella alguna, sino al contrario, ni habia querido encargarse del negocio, ni tomar su papel, ni escribir al Rey, ni hacer otra diligencia. Esta explicacion es muy verosímil por hallarse conforme con el carácter de Vazquez, más tímido que ambicioso, más amante del sosiego y la tranquilidad que de las grandezas y glorias del mundo, poco inclinado á promover discordias y enemistades que en último resultado pudieran volverse contra él; pero prescindiendo de estas consideraciones, hay otra razon poderosa para no dar crédito á la acusacion, pues no podria haber olvidado la carta del Rey indicándole no se mezclase en el asunto.

Antes de concluir el año estallaron los mal encubiertos rencores: era Perez demasiado altivo para sufrir mucho tiempo á su compañero, y creyéndose seguro del Rey, ya por las muchas prendas que de él tenia, ya por las nuevas muestras de confianza que continuaba recibiendo, comenzó á manifestar su resentimiento. El primer cuidado de Vazquez al advertirlo fué tratar de satisfacerle valiéndose del Dr. Milio, persona muy relacionada en la corte y amigo de entrambos; pero sus gestiones fueron infructuosas, habiéndose negado Perez á admitir las explicaciones. Viéndole tan obstinado Vazquez, creyó necesario dar cuenta de lo que ocurría al Rey, con quien se hallaba en el Pardo pasando el invierno, y así lo verificó en carta de 12 de Diciembre, manifestando que en su concepto el resentimiento procedia, ó bien de que se

habria querido indisponerlos con murmuraciones infundadas, ó bien de que Perez hubiera llegado á saber que él habia prevenido á Pedro Escobedo acudiese al presidente del Consejo de Castilla para tratar de la muerte de su padre; mas como esto último lo habia hecho de orden del Rey, y por su parte tampoco habia dado lugar á quejas, teniendo tranquilo su ánimo, se proponia continuar su camino derecho, sin hacer caso de las acusaciones de que era objeto. Al expresarse así Vazquez no podia sospechar que Perez conocia su primer billete por habérselo comunicado el mismo Rey, por lo cual el odio que le manifestaba tenia algun fundamento: ignoraba tambien que en el asunto de Escobedo, Perez habia procedido con autorizacion del Rey, y que por esto contaba con su apoyo. Entre tanto, Felipe II, continuando en su reserva y sin dar importancia á la queja, se limitó á contestar: «cierto debe haber ruines terceros en el mundo, poco amigos de paz y sosiego.» Sin duda no recordaba en aquel momento que habia sido él quien habia encendido la discordia con la imprudente comunicacion hecha á Perez del billete de Vazquez.

Desechada la mediacion del Dr. Milio, buscó Vazquez otro negociador, encargando el arreglo á D. Agustin Alvarez de Toledo, que desde luego se dirigió á la Princesa de Éboli. No consta por qué razon entabló su trato con esta señora; pero sin duda lo hizo así por ser conocida en la corte

su intimidación é influjo con Perez, y sabido tambien que era ella la principal promovedora de las discordias; lo cierto es que la Princesa admitió como cosa natural sus primeras indicaciones; pero no las escuchó mucho tiempo, porque poco despues envióle á decir que aunque aquellos dias habia recibido algunos billetes suyos y respondido á ellos, desde allí en adelante no la escribiese ni viese jamas, porque «á quien en compañía de Mateo Vazquez trataba de acusar á Perez de la muerte de Escobedo, no le podia dejar de tener por enemigo.»

Viendo Vazquez cerradas á su comisionado las puertas de la casa de la Princesa, valiöse de otro representante de mayor autoridad, acudiendo al Conde de Khévenhüller, Embajador del Emperador de Alemania, acreditado cerca del Rey. Tomólo éste con grande empeño, y durante algunas semanas visitó frecuentemente á Perez y la Princesa, esforzándose por justificar á Vazquez; pero aunque alguna vez demostraron los adversarios disposiciones conciliadoras, de nuevo volvian á su tema, repitiendo que era él quien incitaba á Escobedo contra Perez. En vano expuso el Embajador que éstas eran invenciones y chismes de personas mal intencionadas, impropias del carácter y estado sacerdotal de Vazquez; que en semejantes casos era cordura no dar crédito á lo que no estuviese muy averiguado, y que él mismo, si tuviera por cierto el cargo, no se habria metido á interce-

der para una reconciliación. En vano la pidió como un favor personal, y en vano tambien Vazquez, para ayudarle, le entregó un extenso papel explicando cuanto habia ocurrido para que lo comunicase á Perez y á la Princesa; las negociaciones quedaron al fin rotas en 5 de Febrero. Era de prever este resultado, porque Antonio Perez, no pudiendo desentenderse desde el principio del Embajador, habia ya manifestado al Dr. Milio que no queria avenencias.

En igual sentido se habia tambien explicado con el Tesorero General Juan Fernandez Espinosa. Era éste uno de sus tertulianos, y Perez, demostrándole especial deferencia, le habló espontáneamente, explicando su situacion y diciendo sabia que Escobedo trataba de pedirle la muerte de su padre; que quien más principalmente le apoyaba en esto era Mateo Vazquez, del cual estaba quejoso, porque le constaba que en varias ocasiones le habia hecho muy malos oficios; que por esto se habia negado á recibir las satisfacciones que intentaba darle valiéndose de diferentes personas, primero de D. Agustín Alvarez de Toledo, despues del Dr. Milio y Juan Ruiz, ayuda de Cámara de S. M., y últimamente del Embajador del Emperador, que andaba con un papel largo de mano de Vazquez; pero que él, considerado todo, habia resuelto de decir que cada uno se estuviera en su casa..... «que de otra manera nunca acabaria, porque Vazquez de cualquier cosa trababa y tra-

baria,» como lo acababa de hacer en aquel momento, deteniendo unos despachos para Roma que le interesaban personalmente.— Espinosa, que era también amigo personal de Vazquez, procuró satisfacer á Perez, diciéndole que no creyese á la ligera todo lo que le contaran, que nada de aquello era propio de Vazquez, el cual solo se ocupaba de sus negocios, «siendo de notable llaneza y sinceridad de ánimo y atadísimo al cumplimiento de lo que demostraba.» Antonio Perez, viéndole poner en juego todos los recursos y argumentos que un hombre leal y desinteresado puede emplear para conciliar las voluntades de amigos comunes, cortó la conversacion, diciendo que le habia referido aquello para que supiese lo que ocurría, mas no porque tratase de satisfacer á Vazquez; que las amistades que se hacian á manera de capitulacion siempre se cumplian mal; que solo las que se iban haciendo por obras de cada dia eran las mejores; que tan decidido estaba en su propósito de no establecerlas con Vazquez, que habia dejado sin respuesta diferentes billetes de Agustin Alvarez sobre el asunto; que lo mismo habia hecho con otra persona que le escribia de parte de Pero Nuñez; que pensaba cortar la negociacion con el Embajador, y que al mismo Espinosa le rogaba le diese licencia para no responderle si acaso le quisiera decir algo de parte de Vazquez.

No desanimado por esto Espinosa y persuadido de que «siendo alcanzado en razones Antonio Pe-

rez mudaria de voluntad,» informó á Vazquez de lo ocurrido, y con su respuesta fué de nuevo á hablar con Perez; mas éste mantuvo su propósito, diciendo que cuando lo que habia de por medio era tan pesado, mal se podian hacer reconciliaciones, y rompió la plática como pocos dias ántes habia roto la que promovió el Embajador. Espinosa, dando por concluida su intervencion, escribió á Vazquez que, siendo Perez tan violento y colérico y tan vehementes sus sospechas, no era posible reducirle, que cuando más podria atajarse la enemistad, pero que en lo de trabar amistades no habia que pensar.

Previendo este desenlace, Vazquez y sus amigos removian hacia ya dias la corte entera, tratando de prevenir la opinion de cuantas personas podian tener influencia en la contienda. Los hermanos Toledo habian hablado desde el principio á D. Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo (3), por-

(3) Don Gaspar de Quiroga, Inquisidor general, nombrado arzobispo de Toledo en 1576, y creado Cardenal en 1578, es uno de los prelados más ilustres de aquella Iglesia que gobernó cerca de veinte años. Tuvo mucha amistad con Antonio Perez, mostrando grande interés por su desgracia y la de la Princesa de Éboli. Sus cronistas suponen que su deferencia con esta señora, y en general con todos los parientes de la casa de Mendoza, nacia de agradecimiento por la educacion que habia recibido en el colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid, fundacion del Gran Cardenal (capítulo 1º, nota núm. 20); pero si en efecto fué esta la causa de su interés por doña Ana de Mendoza, habria que añadir que no imitaron el ejemplo sus antiguos discipulos, como se irá advirtiendo.

que siendo amigo de Perez juzgaron conveniente adelantarse para que no tomara su defensa con empeño; más al parecer, ó habian estado demasiado explícitos, ó sus palabras se prestaron á interpretaciones, porque Perez y la Princesa las comentaban en apoyo de su queja. El Conde de Khévenhüller tomó á su cargo ir á ver al Prelado para explicarle lo ocurrido.

Los Toledo dieron tambien cuenta de todo al Sr. D. Antonio Pazos, Presidente del Consejo de Castilla, el cual, dice Pero Nuñez, «sabia ya muy bien toda la maraña, pero pareciéndole imposible fuese verdad lo que Antonio Perez decia»; de manera, añade Pero Nuñez, «que por aquel lado esto quedó llano sin duda alguna.»

Acudieron luego al Padre Fray Diego de Chaves, confesor del Rey, y éste, que apreciaba á Vazquez, no dudó prometer que si llegasen á romperse las pláticas con el Embajador se interpondría con S. M. y con todas las personas que fuese menester para sacar á luz el negocio.

El Conde de Chinchon, prevenido por Agustin Alvarez, le aseguró «que él hablaría pocas palabras, pero que serian pesadas y las asentaria en parte donde harian fruto.» Practicáronse todavía otras diligencias con personas importantes, como el Contador Garnica, el Regente Carvajal y Pedro Niño de Rivera.

En esta larga enumeracion no puede omitirse á

Fr. Hernando del Castillo (4), Predicador de S. M., á quien tambien acudió el mismo Mateo Vazquez algun tiempo despues, y que ofreció hablaría á la Princesa de Éboli, al Cardenal Arzobispo de Toledo y al Rey mismo cuando fuese necesario. Imposible es dejar de transcribir algunos párrafos de sus cartas, que nos dan á conocer cuán cristianamente desempeñaba aquel religioso su sagrado ministerio. Conociendo á Vazquez, hallábase persuadido de que no era él quien tenía la culpa de aquellas discordias; mas habiendo llegado á su noticia que cuando ménos favorecia á ciertos agentes (aludiendo quizás á unos deudos de Escobedo, de quienes hablarémos luego), dirigióle una amonestacion severa, para que se abstuviese de hacerlo, procediendo con mayor prudencia. Pero lo que sobre todo extrañaba al Padre Fray Hernan-

(4) Fr. Hernando del Castillo, religioso de la Orden de Santo Domingo, disfrutó siempre opinion de docto y cuerdo, y á esta reputacion habia debido años ántes, la triste preferencia de ser llamado desde su convento de Valladolid á confesar á Floris de Montmorency, baron de Montigny, cuando por orden del Rey se le dió muerte secretamente en el castillo de Simánca, en Octubre de 1570. Los documentos relativos á aquella trágica escena han sido publicados en la coleccion del Sr. Salvá, tomo IV, y entre ellos puede verse una sentida carta de Fr. Hernando, dando cuenta al Dr. Velasco de las circunstancias de la muerte para que las pusiera en conocimiento de S. M.

En 1579 desempeñó otra comision de muy distinta especie, habiendo sido enviado á Portugal con el objeto de disuadir al anciano rey Don Enrique de la idea de casarse.

do era que, siendo antiguas las enemistades y teniendo el Rey conocimiento del caso, no hubiera hecho más para impedir las, y á este propósito escribía estas notables palabras:

«Mas si va á decir verdad, de nadie estoy tan escandalizado como de S. M., cuya autoridad y cristiandad es y ha de ser para estorbar semejantes cosas y proveer no pasen á más; y pues las sabe y ve y entiende, no sé, ni veo, ni entiendo con qué conciencia se disimula el castigo y el remedio, sino que creo lo que otras veces he creído, que muchos demonios se han soltado para hacer su oficio, que es poner discordias y sustentarlas.»

No fueron estos los únicos medios que se pusieron en juego. En 13 de Febrero, D. Agustín Alvarez de Toledo dirigió una larga carta á Vazquez, que continuaba en el Pardo con el Rey, dándole cuenta de todo lo ocurrido; informábale de los rumores que Perez y la Princesa habían difundido por Madrid, suponiendo que él había aconsejado á Pedro de Escobedo acudiese al Rey, pidiendo justicia por la muerte de su padre; de las gestiones practicadas por medio del Embajador del Emperador para disuadirles, y de todas las demás diligencias extractadas. No conteniendo esta carta cosa alguna nueva para Vazquez, debe suponerse que fué escrita con objeto de que la mostrase al Rey; entre sus papeles se encuentran otras análogas, anotadas de mano de Felipe II, que confirman este juicio, y los hermanos Toledo le habían ya propuesto anteriormente igual arbitrio.

Trascurridos algunos dias dióse otro paso más decisivo. El Dr. Milio escribió directamente á S. M., contándole lo que sucedía: su carta está calcada sobre la precedente de Agustín Alvarez, lo cual induce á creer que ambas procedían del mismo acuerdo, pudiendo únicamente dudarse si Vazquez daría cuenta al Rey de la primera, ó si la segunda se escribiría para reemplazar á aquella.

La carta de Milio decía así:

«S. C. R. Majestad. Por la corte se dice que el secretario Antonio Perez anda con hombres de guarda por defensa de su persona, y que no se habla con el Secretario Escobedo, con ocasion de que le quiere pedir la muerte de su padre, y recelarse dél, sospechando que el Escobedo se movió á tratar desto, valiéndose del Secretario Mateo Vazquez, con persuasion y consejo de sus huéspedes, y tambien del Obispo de Ávila, Comisario general, Zuazo y Negrete y otros, y que aunque ellos por diversos medios han procurado desengañalle, no han sido admitidos, ni tampoco el Embajador del Emperador, que se metió de por medio, habiendo por su parte procurado satisfacer por parte de ellos á Antonio Perez, aunque visto que con él solo no habia sido parte, le juntó con la Princesa de Éboli, pensando reducirle en su presencia con más facilidad, y que últimamente se resolvió en no querer satisfacerle, afirmando que se procuraría esta conformidad por podelle Mateo Vazquez, so color dello, hacer mayor daño, y que la causa por

donde se ha venido á publicar este negocio fué que habiéndose comunicado con el Secretario Mateo Vazquez que Escobedo queria pedir á Antonio Perez la muerte de su padre, y con qué fundamento, sin dar respuesta ninguna pidió á sus huéspedes parecer y que le aconsejasen de lo que debia hacer, segun la obligacion de su oficio; y parecido que no debia de ser cosa de fundamento, se resolvió de no tratar ni hablar más en ello. Por lo cual todo y por lo que debo al servicio de Dios y de S. M., me ha parecido avisar á V. M. tan particularmente dello, porque demas de haber llegado este negocio á la mayor publicidad que es posible, semejantes cosas suelen producir malos humores, para que siendo V. M. servido, mande poner en ello el remedio que le pareciese, y cesen con esto estas enemistades que se van creando, de que por ser entre ministros pueden causarse muchos daños y á V. M. deservicio, á quien muy humildemente suplico sirva esto para sí solo; porque soy amigo de todos y á todos quiero bien, y no querria que, por haberme movido con buen celo y por el bien que les deseo, viniesen á estar mal conmigo por ello, no siendo mi intencion otra que de servir á V. M. como muy obligado y procurar estorbarle mayores pesadumbres y relevar á ellos de todo trabajo."

Vazquez y sus amigos echaban mano de todos los recursos para hacer frente á sus adversarios; pero no debemos extrañarlo, porque éstos eran poderosos y mortal su enemistad.

CAPITULO V.

(1579.)

Gestiones de la familia de Escobedo contra Antonio Perez.—Intervencion de Mateo Vazquez.—Inquietudes de Antonio Perez, que solicita dejar el servicio del Rey.—Felipe II encarga al Presidente del Consejo de Castilla procure una avenencia por medio de la Princesa de Eboli.—Proposiciones extraordinarias de esta señora en favor de Antonio Perez, presentadas por el Duque de Medina Sidonia.—Debilidad del Rey en escucharlas.—Temores de Vazquez al ver la actitud de sus adversarios; escribe al Rey: Felipe II procura tranquilizarle.—Antonio Perez se dispone á dejar la corte: Felipe II le retiene valiéndose del Cardenal Arzobispo de Toledo y de la Princesa de Eboli.—Carta violenta de la Princesa de Eboli al Rey.—Intervencion infructuosa del padre Chaves, confesor de S. M.—Vazquez, amenaza lo de muerte, acude al Rey pidiendo su amparo.—Decision de Felipe II: su venida á Madrid desde el Escorial.—El Conde de Barajas portador de las proposiciones de Mateo Vazquez.—Felipe II proyecta enviar á Antonio Perez de Embajador á Venecia.—Perez prefiere retirarse de los negocios.—Contestacion destemplada de la Princesa de Eboli.—Parcialidades en la corte.—Llegada á Madrid del Cardenal Granvela.

Recayendo desde el principio sobre Antonio Perez y la Princesa de Eboli las sospechas de la muerte de Escobedo, su viuda é hijos habian acudido al Rey presentando contra el presunto reo su demanda, estimulados á ello, segun afirma Antonio Perez, por Mateo Vazquez y sus parciales. Felipe II "entretenia remitirla á justicia como